

El Salvador: sus hablantes

Jorge Vargas Méndez
Poeta, escritor e investigador cultural
jvargasmendez@yahoo.com

Resumen

En El Salvador ¿qué lengua hablamos? Si acaso vuestra atrevida sapiencia os conduce a creer que habláis castellano o español, este escrito pudiese ser de sumo interés para vuestra merced. Pero lo mismo le puede pasar a quien ande chachalqueando como ángel del farolito por aquí y por allá, picándose la de tener chiflones de fresa guanaca entre sus venas. De eso habla el escrito que ahora tiene entre sus manos, y es otro intento de acercarnos a un pozo de agua bruja donde mirarnos el rostro. No hay duda: ¡Somos malos! ¿Verdá Jetón? ¿Verdá cosita chula?

I. La existencia de la Lengua Salvadoreña

Actualmente, ya pocas personas expertas o no en el tema hacen punto de discusión la existencia viva de la lengua salvadoreña como una variante del español. Hasta hace algunos años, aún había cierta resistencia a aceptarlo entre algunos sectores académicos, sociales y hasta intelectuales de nuestro país. Afortunadamente el auge que han tenido los medios de comunicación y su influencia, en especial de la radio y prensa escrita, han abierto una brecha de reflexión sobre nuestras expresiones culturales, tal es el caso de la lengua.

Y por supuesto que sería demasiado simplista creer que es un logro exclusivo de los medios, dado que también ha jugado un papel fundamental la producción y difusión literaria y artística de las últimas décadas, la cual

surge precisamente como una necesidad de comunicar sentimientos, emociones e ideas que emanan de la propia existencia cotidiana o bien de los avatares sociales, económicos y políticos afrontados por el ser salvadoreño en diferentes momentos históricos.

Cuando el lingüista y escritor Pedro Geoffroy Rivas publica su libro *El español que hablamos en El Salvador* (1969), y poco después *La lengua salvadoreña* (1978), rápido desató un silencio con visajes de crítica purista y cursi sorpresa. Pero para entonces, escritores y artistas que venían repuntando recogían su tesis lingüística y la devolvían en poemas, cuentos, piezas escénicas, canciones, etc., haciendo de la lengua una especie de ojo de agua o espejo que, al mostrarnos la propia desnudez, nos hizo

avanzar hacia el encuentro de lo propio.

Es muy probable que la propuesta propugnada por Rivas haya tenido como *leit motiv* el libro del también lingüista colombiano Publio González Rodas, *Jaraguá, una novela salvadoreña*, en tanto que esta fue publicada en San Salvador en 1963, es decir, 6 años antes de que apareciera el primer estudio del salvadoreño. En el referido libro, el colombiano escudriña el universo vocabular de los personajes que con magistral habilidad ubica en el occidente salvadoreño, el encumbrado narrador José Napoleón Rodríguez Ruiz, y con lo cual deja claro que “dime cómo hablas y te diré de dónde eres”.

Además, una antología poética que se publicó en 1960 permite conjeturar que por aquellos años aún no se reflexionaba sobre las posibilidades de existencia de la lengua salvadoreña y tampoco se reflejaba en ese género literari¹. Sin embargo, en la narrativa, ya tenía sus claros antecedentes en Arturo Ambrogi, Herrera Velado, Peralta Lagos, Rivas Bonilla, Miguel Ángel Espino, Salarrué, José Napoleón Rodríguez Ruiz, Ramón González Montalvo y otros más de similar trascendencia.

II. La herencia de los nietos del jaguar

1. Nos referimos al volumen “Poetas jóvenes de El Salvador” de José Roberto Cea, Ediciones Tigre de Sol, San Salvador, El Salvador, 1960.

2. “(...) También T.S. Eliot trata ese problema. El señala acertadamente que hay una ley natural poderosa que consiste en que la poesía no debe apartarse demasiado de la lengua corriente que empleamos y oímos a diario. Se apoye en el acento

Después del planteamiento de Pedro Geoffroy Rivas -a nuestro juicio- es el poeta Salvador Juárez quien más rápido asume aquella visión lingüística. Mencionamos algunos de sus libros, todos ellos caracterizados por el rescate del habla salvadoreña: *Al otro lado del espejo*, 1973; *Tomo la palabra*, 1977; *Puro guanaco*, 1978; y *Desenterramientos y otros temas libres*, 1987.

Es más, solamente el título *Tomo la palabra*, ya es ejemplo de cambio semántico. En *Puro guanaco*, una lengua viva se manifiesta de punta a punta y el título es obviamente una consigna o un grito de nuestra identidad cultural. No conocemos otro autor cuya obra en su conjunto y publicada se le compare en cuanto a la reivindicación de nuestra lengua².

Pero también han hecho lo correspondiente, además de Juárez: José Roberto Cea, Roque Dalton, José María Cuellar, Roberto Monterrosa, Alfonso Hernández, Miguel Ángel Chinchilla, Wilfredo López, los poetas del volumen *La margarita emocionante*, y otros más. etc. Lo cierto es que, conscientes o no de su aporte a la lengua, en las últimas décadas diversas voces han enfilado su pluma para darle sentido a lo planteado por Pedro Geoffroy Rivas.

Por otra parte, no se debe olvidar la producción literaria y artística que durante la guerra surgió y fluyó por los

o en la sílaba, sea o no rimada, formal o libre, la poesía no puede permitirse una pérdida de contacto con la lengua cambiante del trato común (...).” Armijo, Roberto-Rodríguez Ruiz, Napoleón. Francisco Gavidia, la odisea de su genio, Dirección General de Publicaciones, Ministerio de Educación, El Salvador, 1967, pág. 133.

diversos puntos de nuestro país, ésta a diferencia de la anterior, en forma clandestina. Después de los Acuerdos de Paz (1992) se han conocido testimonios, memorias y documentos donde campea nuestra lengua en su más espontánea forma. Baste mencionar los libros siguientes: *Vida y muerte en Morazán*, María López Vigil, 1987; *Por los caminos de Chalatenango*, Francisco Metz, 1988; *El cipitío en El Salvador* Sheraton, Colectivo Huitzilipochtli, 1990; *¿Valió la pena?!*, Ana Kelly Rivera y otras, 1995. Asimismo, hay que mencionar las diferentes investigaciones que ha publicado la Dirección de Publicaciones e Impresos de CONCULTURA, tal es el caso de *Tradiciones orales de El Salvador*, 1993. Todo ello ha venido dando temple y razón de ser a la lengua salvadoreña.

Pero ¿hasta aquí dónde está la gente hablante? Cuando se asume que existe una lengua, se asume también la existencia de quienes la crean, la transforman, le dan sentido, la depuran, la enriquecen, la hablan. Y en tal sentido, los y las hablantes están en todos los lugares de nuestro país, en el área rural, en la ciudad, en todos los ámbitos de la vida salvadoreña.

La Real Academia de la Lengua Española define como dialecto la “*variedad regional de una lengua*”. Pero, además, adopta de la lingüística, lo siguiente: “*Lengua en cuanto se la considera con relación al grupo de las varias derivadas de un tronco común*”. Y Luis Adolfo Domínguez, al definir el dialecto, señala: “*Habla propia de una región o territorio que se deriva de una lengua madre. Ejem. el español y el italiano nacieron como dialectos del latín,*

lo mismo que el portugués, el gallego y el catalán”⁸.

Entonces, ya es tiempo de revisar si el habla salvadoreña ha pasado o está pasando de ser un dialecto para convertirse en una lengua. Luego de más de cuatrocientos años no puede ocurrir otra cosa.

Pero ¿por qué hacemos énfasis en la literatura? Precisamente porque un dialecto o habla se convierte en lengua cuando surge una literatura. Y en un sentido general, la literatura es una forma de comunicación que, tácitamente oficializa un dialecto para trocarlo en lengua. Pero tal condición únicamente puede darse cuando se han roto los vínculos políticos y económicos de dependencia que imponen al mismo tiempo una lengua. La esencia del ser salvadoreño comienza a surgir a partir del siglo XIX, precisamente, cuando se supera el tributo a la corona de España y se empieza a hilvanar el destino de acuerdo a preceptos propios.

Sin embargo, una literatura por sí sola, poco habría aportado a la conformación de una lengua salvadoreña. Ha sido fundamental el avance tecnológico del país y el desarrollo de las comunicaciones, los cuales, en la mayoría de casos, están estrechamente ligados. No podemos olvidar que si una lengua está amparada por una literatura, ésta además del concurso humano, depende de una imprenta o un medio de comunicación para cerrar el ciclo de su propósito: llegar a toda una población o parte de ella. Recordemos que nuestro gran Salarrué adquirió un ejemplar de *Libro del trópico*

3. Glosario de términos de lengua y literatura, Editorial Trillas, 1985, pág. 25.

en Washington, y no en nuestro terruño. Fue así como tuvo acceso a la visión de Ambrogi⁴.

El papel que han desempeñado los medios de comunicación en lo referente a nuestra lengua ha sido fundamental. Inicialmente fue la prensa escrita la que dio cabida a lo más granado de los escritores salvadoreños, entre ellos, los que ya hemos citado. Es más, algunos hasta fueron fundadores y directores⁵. Sin embargo, por su peculiar naturaleza, ha sido la radio la que más ha calado en el grueso de la población a partir del año de su introducción en el país⁶. Y es así, porque la radio es en esencia: música, efecto, silencio y palabra hablada, características que la vuelven más cercana a la gente hablante, a aquella que habita en los diferentes puntos de El Salvador sumergida en sus actividades cotidianas, y que muchas veces no tiene acceso a la educación (analfabetismo) ni a la prensa escrita. Con raras excepciones la televisión también ha hecho su aporte, ya que en su mayoría son programas “enlatados” los que llegan hasta la población⁷. Dignos de reconocimiento son los reportajes y noticieros que ahora abundan y donde la opinión de la gente en su propia voz trasluce en una lengua viva.

En conclusión, con todo lo que antes hemos apuntado, se puede asegurar que nuestro país cuenta ya con una

lengua, como también con una literatura propia. Probablemente esta aseveración genere alguna reacción, pero si es para iniciar un estudio serio al respecto, el propósito nuestro se habrá logrado. Después de todo la lengua es un producto social, no fruto del ingenio individual.

III. La lengua salvadoreña: un producto histórico-social

Para obtener una idea sobre el carácter permanente y cambiante de la lengua salvadoreña, como producto histórico-social partiremos de los trabajos realizados por Pedro Geoffroy Rivas. No hay duda de que sin su aporte, andaríamos buscando el rumbo todavía.

Una revisión lo más exhaustiva posible de sus libros, permite cuantificar el nivel de evolución de nuestra lengua al cabo de unos treinta años. Así hemos encontrado neologismos, cambios semánticos y nahuatismos que actualmente han experimentado cambios, otros que desempeñan la misma función con que fueron registrados y ciertos vocablos que ya cayeron en desuso. De la misma manera hemos observado el surgimiento de muchos neologismos. Y es lógico, porque toda lengua es cambiante, viva, dinámica. Por esa razón los diccionarios o las literaturas

4 “Tendría Salarrué unos 20 años de edad, cuando cayó en sus manos un ejemplar del Libro del trópico, de Arturo Ambrogi. Lo adquirió en la librería Bretano’s, en Washington, y quedó deslumbrado de su lectura”. Lindo. Obra citada, pág. XXXVI.

5. Ver López Vallecillos, Ítalo. El periodismo en El Salvador, UCA Editores, 1987.

6. La primera estación de radio fue instalada en la

ciudad de San Salvador el 1 de marzo de 1926. Fue bautizada con el nombre de A.Q.M., que eran las iniciales del entonces Presidente Dr. Alfonso Quiñónez Molina. Con el desarrollo de la radiodifusión un importante aporte a la lengua salvadoreña hicieron personalidades como: Francisco Medina Funes, Carlos Álvarez Pineda, Albertico Hernández y otras más.

oficiales se divorcian de la población hablante luego de cierto tiempo. Acaso ese sea uno de los motivos que tuvo el **X Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española**, celebrado en abril de 1994, para anular las letras Ch y ll del alfabeto correspondiente.

La lengua salvadoreña es un producto histórico. Se sabe que sus orígenes se remontan a la época de colonización, precisamente cuando los españoles y nahuas inician el proceso de mestizaje que obligó a la adopción de una expresión híbrida de uso común. Esta situación dio como resultado, como bien lo señala Rivas, la nahuatización del castellano⁸. Porque siendo los castellanos un grupo reducido en relación a la población náhuat existente y estando en un entorno geográfico, cultural y natural para ellos desconocidos, no podía ocurrir otra cosa que una absorción lingüística más o menos visible a través de los hechos fonéticos, lexicológicos, morfológicos y sintácticos. Así tenemos vocablos en donde se sustituye el fonema castellano por el náhuat, como cuando se suprimen las diferencias entre la **s, c, z; b, v; g, j**, en las sílabas formadas con las vocales **e, i**. Otro ejemplo lo constituye la incorporación del fonema nahua velar, fricativo, no sonoro que se escucha como una **j** suave. Como

cuando decimos: ¡A jaber dónde estará! (¡A saber dónde estará!). Lo mismo ocurrió con la **ll**, la cual fue sustituida por la **y**, para luego decir gayo, gayina, etc. Otro hecho fonético producto de la nahuatización del castellano lo constituye la separación del diptongo **ia**, dando origen a una serie de vocablos tales como: tiya, cipotiya, etc.

En el aspecto lexicológico los nahuas introdujeron un cúmulo de vocablos, muchos de ellos muy utilizados todavía: **pepehna**⁹ (recoger), **chichihuali** (chiche/mama, pecho), **selic** (chele), **chanequet** (chaneque/guía), **chulutum** (cholotón, ona), etc. En el léxico que se presenta más adelante, hemos incluido algunos vocablos que proceden del náhuat. Sin duda faltarán bastantes.

En el campo de los morfológico, señala Rivas: “(...) *los nahuas trasladaron al español los patrones, formas y procedimientos propios del polisintetismo. Unieron dos o más palabras, suprimiendo fonemas, para formar nuevas palabras (...)*”¹⁰. De esa manera surgieron vocablos como vapués, puesí, patechucho, hijuelaguayaba, pelagayo, careculo, almemierda, etc. Asimismo, se incluyen muchos verbos castellanizados a través de la adición de varios afijos (prefijos y sufijos) que si bien fueron tomados del castellano, le dieron un

7. Importantes en este aspecto son también los programas hechos en nuestro país, tal como lo hacen los canales 12, 21 y otros.

8. Para el autor la nahuatización del castellano es sinónimo de absorción del primero respecto al segundo. Tal como el castellano lo hizo con el latín.

9. Cuando dábamos la revisión final al presente

trabajo, El Diario de Hoy, destacó el siguiente titular: “No queremos dinero sino basura”, dicen los pepenadores. Abril, 13, 1999.

10. Rivas, Pedro Geoffroy. La lengua salvadoreña, Dirección de Publicaciones, Ministerio de Educación, 1978, pág. 17.

sentido propio al habla que surgía y que se constituyó en el preámbulo de la lengua salvadoreña¹¹.

Para resumirlo en las palabras de Rivas: *“En nahua es posible verbalizar todos los nombres, procedimiento que fue trasladado al castellano y que seguimos usando en la lengua salvadoreña”*¹².

El mismo Rivas, en torno a la influencia sintáctica náhuat, agrega: *“(…) Es en el dominio de la sintaxis donde los cambios han sido más numerosos y espectaculares, al extremo de que podemos decir que el español se fragmentó en América en numerosas formas dialectales, que son respecto al idioma original lo que el castellano de los siglos IX y X fue respecto al latín. Como sucede siempre que se trata de aprender un idioma extraño, los nahuas pensaban en su lengua y traducían literalmente al español, trasladando a la lengua que se les imponía no sólo sus procesos de pensamiento sino también sus formas de expresión (…)”*¹³. Agrega este lingüista que los nahuas se expresan por yuxtaposición de juicios y que por esa razón en dicha lengua existen pocas conjunciones. Ejemplos: ¿Quen tinemi? (Cómo estás?) Yejc, yec, tahstagüiz! (¡Muy bien, gracias!); Can calagui tunal guisa ne cunygua (Donde entra el sol

sale la oscuridad); Cómo estás. Te llamo porque quiero verte. Me hacés falta.

También habría que señalar las duplicaciones (chilla y chilla) para indicar frecuencia o prolongación en el tiempo. Otras formas de duplicación: “y va de” o “y dije a”; asimismo, hay que mencionar la supresión del futuro en los verbos o la alteración de los tiempos en los mismos, la incorporación de onomatopeyas, el uso de los diminutivos, el peculiar uso de los adverbios y las frases adverbiales que los nahuas introdujeron en el habla¹⁴. De igual manera hay que tomar en cuenta el voseo que nos caracteriza.

Todo lo anteriormente expuesto, indudablemente generó desde principios del siglo pasado las bases para legitimar nuestra lengua, pero no había una literatura de respaldo. Y si bien es cierto que el habla siempre guarda cierta disparidad con la normativa, eso debe explicarse a partir de la pugna que siempre se presenta entre los grupos socialmente antagónicos, es decir entre un grupo social culto y otro vulgar¹⁵. Así, el primero se niega a compartir o utilizar el habla del segundo y, por lo general, es el primero el que podría modificar la normativa, actualizarla. Esta situación

11. “Algunos verbos irregulares del castellano fueron regularizados por los nahuas, siendo especialmente notable la forma en que regularizaron el verbo **ir**. A los nahuas debe haberles parecido absurdo que a medio verbo **ir**, se introdujeran formas del verbo **ver**, por lo que en vez de **ve**, **vete**, **veme**, etc., dijeron **i**, **ite**, **ime**, formas generalmente usadas en el habla popular, o substituyeron las formas **ver**, por formas de **andar**, con las que existe analogía. Así, en vez de **ve**, **vete**, **veme**, etc., decimos **andá**, **andate**, **andame**, etc. Rivas, Pedro Geoffroy, obra citada, pág. 18.

12. Obra citada, pág. 19.

13. Rivas. Obra citada, pág. 20.

14. Para una mejor ilustración recomendamos la consulta de las obras de Pedro Geoffroy Rivas. Nuestro propósito ha sido intentar una síntesis de su planteamiento, para facilitar una mayor comprensión a este trabajo.

15. Aquí utilizamos el vocablo **culto** para referimos a lo concordante con la normativa, y **vulgar** como sinónimo de pueblo.

16. En la actualidad todavía persiste esa pugna, más o menos disfrazada. Pero los medios de comunicación y la evolución política la están socavando. Ya no resulta extraño que la clase dirigente hable como lo hace la clase popular.

no es nueva¹⁶. En la Edad Media ya existía este conflicto de grupos sociales que influía en la lengua. Por esa razón se hablaba tres variantes del latín: el *sermo urbanus*, el *sermo nobilisy* y el *sermo vulgaris*. Y recuérdese que de la última variante surgieron las lenguas romances (el italiano, el castellano, por ejemplo), que fueron formas dialectales en su primer momento hasta que surgieron Garcilazo de la Vega y Juan de Valdés, poeta y prosista respectivamente, quienes emitieron en realidad la partida de nacimiento de la lengua castellana.

Ellos llevaron el habla vulgar o popular a los salones de alta categoría, incorporaron extranjerismos de acuerdo a necesidades propias y le dieron unidad fonética y léxica a la “lengua” medieval. Y aun cuando veintiocho¹⁷ años antes don Antonio de Nebrija había elaborado la primera gramática castellana, es hasta en 1520 que en verdad se legitima con las obras de estos autores, puesto que desde entonces toda la población comienza a reconocerla como “*un vehículo propio de sus intereses*”.

De paso lo anterior proporciona más elementos justificativos al planteamiento de que *un dialecto se vuelve lengua cuando surge una literatura*. El propio Rivas, señala al respecto: “*En el ámbito cultural se registra también una división clasista. Hay una expresión elitista, europeizante y eminentemente literaria, exclusiva del grupo dirigente, distinta y generalmente opuesta a la expresión popular, de profunda raíz indigenista, que solamente se manifiesta en el canto, la danza, la artesanía,*

la leyenda y el cuento, que no logran alcanzar una expresión escrita y se transmiten de generación en generación, en forma oral, siguiendo las pautas de la tradición nahua. No ha sido sino hasta en las últimas décadas que las manifestaciones culturales populares han reclamado, cada día con más decisión y con mayor ahínco, el lugar que les corresponde dentro de la literatura escrita, imponiendo a ésta lengua forjada por el pueblo, porque sólo en ella puede expresarse plenamente ese mundo de sueño y realidad (...)”¹⁸

Hasta aquí el lector o lectora tendrá más claro de que estamos hablando no de un dialecto, sino de la Lengua Salvadoreña y que se trata de un producto histórico-social. Ahora bien, con el afán de que se comprenda mejor la dimensión de nuestra lengua, pasemos al siguiente capítulo.

IV. La lengua salvadoreña: factores de su evolución

La lingüística moderna tiene claro que no existe una lengua viva que sea inmutable, aun ni la de aquellas sociedades que por motivos religiosos o étnicos permanecen aisladas del resto de la civilización. Bastan cambios internos en la actividad económica o el entorno natural por ejemplo, para que se creen las condiciones evolutivas en el habla. No digamos en sociedades como la nuestra que están cotidianamente expuestas a la influencia de los medios masivos de comunicación, al intercambio comercial, al contacto con

17. Nótese que transcurrieron casi 30 años para que se diera ese paso. Lo mismo ocurre en la actualidad respecto a la fecha en que Rivas señala la necesidad

de reflexionar sobre la lengua salvadoreña (1969).
18. Rivas. Obra citada, pág. 31.

otras culturas, etc. Por esa razón nuestra lengua es dinámica, es cambiante: evoluciona. Y ello se explica a través del habla de las personas. Saussure, señala: “*Nada entra en la lengua sin haber sido ensayado en el habla, y todos los fenómenos evolutivos tienen su raíz en la esfera del individuo (...)*”¹⁹.

Pero ¿cómo se expresa una evolución en la lengua? Se expresa a través de los cambios semánticos y neologismos.

Todo cambio semántico implica una sustitución del significado original en virtud de uno nuevo o varios al mismo tiempo. Es decir que una palabra pierde su sentido original para adoptar los que la población hablante le otorgue. Y si aceptamos que nada entra en la lengua sin haber sido ensayado en el habla, entonces ya tenemos un punto a favor. Nótese en el siguiente ejemplo cómo opera un mismo vocablo con significado diferente:

- Oiga amigo, ¡ya me está haciendo falta ver a mi **guagua!** -comentó un ciudadano peruano a otro dominicano.

- Cálmesese, cálmesese, amigo! Haga de caso que esa es su **guagua** y quédese tranquilo.

El primero se refería a su hija, y el segundo, a un autobús que pasaba enfrente. Entonces, podemos decir que un cambio semántico es una forma de evolución de la lengua y que su aceptación como tal se enfrenta a una normativa caduca, a una especie de “candado” formal que tiene un carácter purista. ¿Cómo vamos a esperar que el vocablo “volado” sea aceptado como p.p.

de volar y al mismo tiempo como una palabra comodín de frecuente uso en nuestro país? Por supuesto que la Real Academia de la Lengua Española no lo registra porque no se utiliza con ese significado en el habla española. Este vocablo está registrado con otros significados, pero no con el significado que se le da en El Salvador. De tal modo que si digo: “Este volado se ha puesto feo”, estando un español presente, no lo comprendería a la perfección. Pediría una explicación.

Evolución es cambio, es pasar de un estado a otro. ¿Acaso no ha pasado de un estado a otro nuestra lengua a través de diversos cambios semánticos? Por esa razón insistimos en que todos cambios semánticos expresan una evolución de la lengua independientemente de la causa o motivo de cada persona hablante. San Juan de la Cruz (1542-1591), por ejemplo, utilizó en su *Cántico espiritual* ciertos vocablos que posteriormente experimentaron un cambio semántico. El poeta religioso utilizó **fuertes** y **esmaltado**, vocablos que al cabo de cierto tiempo tenían un nuevo significado entre los hablantes. Por todo lo anterior concluimos: la lengua salvadoreña ha evolucionado a partir de la diversidad de cambios semánticos adoptados por cada hablante. Ver en el lexicon algunos ejemplos.

Pero también ha evolucionado a partir de la creación de varios vocablos, es decir, en virtud de los neologismos. Para el lingüista Pedro Geoffroy Rivas, los neologismos en nuestro país surgen debido al desconocimiento de los

19. Obra citada, pág. 227.

vocablos castellanos por parte del pueblo indígena, así como también por analogía. Sin embargo, basados en el suizo Saussure, es necesario agregar la aglutinación.

De esa manera tenemos tres vías para la creación de un nuevo vocablo: a) desconocimiento del castellano; b) analogía; y c) por aglutinación.

Por desconocimiento del castellano hemos heredado vocablos como los siguientes: virrionda(o), chapuda(o), feyura, anantes, rompida(o), etc., y algunos metaplasmos de uso común, como por ejemplo: erutar (eructar), pegoste (pegote), chabacán(ana), caparacho (carapacho) y otros más.

Para Ferdinand de Saussure la analogía es el principio de la creación de una lengua, y tácitamente también lo acepta respecto a la aglutinación.

Por esa razón, insiste el lingüista suizo, que el habla es de carácter individual, mientras que la lengua es la suma de los casos particulares. Debiera hablarse, asevera, de una lingüística del habla y de una lingüística de la lengua.

En nuestro país cada hablante ha ensayado y continúa ensayando una serie de innovaciones analógicas (neologismos) que enriquecen nuestra lengua. Así surgieron: **churria** (de chorrear), **chotear** (del apellido Choto), **matancinga** (de matanza), **naruso y narizado** (de nariz), **refundir** (de fundir), **sacón-ona** (de sacar), **vetarro-a** (de viejo), **chindondo** (de chichón), **chuña** (de uña), etc.

Sin embargo, es necesario aclarar que no todos los neologismos son producto de un proceso analógico entre una forma y otra, ya que también se crean neologismos a partir de otras relaciones,

como la circunstancia, la utilidad, etc., entre un objeto, animal, vegetal, persona o acción. Por ejemplo: **chinto** se deriva de la flor llamada Jacinto, por su color, fue creado para referirse a la menstruación; **petatearse**, surge del hecho de que entre la clase popular se fallece en un petate o el mismo sirve como mortaja para la sepultarla; **cueruda-o**, es un vocablo que surge a partir de la consistencia que tiene un cuero, pero se utiliza para referirse a una persona aguantadora o desvergonzada; **pajera-o**, que significa mentirosa(o), surge a partir de **paja**, variedad de hoja que se utiliza para los cobertizos. En fin, resultaría difícil enumerar cada uno de los neologismos que han surgido de igual manera.

Toca ahora hablar brevemente de la aglutinación que es otra forma de creación lingüística. Este proceso de innovación lingüística se realiza de manera mecánica, simplemente se procede a unir dos o más términos. Algunos ejemplos serían: hijuelaguayaba, hijuelmáiz, carepalo, recerota(e), matalascayando, almemierda, correquetealcanzo, etc. En nuestra lengua abunda este tipo de vocablos y cada día surgen otros más.

Pero como evolución, según hemos anotado, significa pasar de un estado a otro y ello indica que algo ha quedado atrás, nos vemos obligados a referirnos brevemente de los arcaísmos, es decir, a los vocablos que poco a poco van quedando en desuso. El maestro Pedro Geoffroy Rivas en su lexicón incluye algunos vocablos que a estas alturas del tiempo ya no usan o se utilizan muy poco. Ejemplos: **ateperetado**, **achungutado**, **achurucado**, **caganido**,

bamba, etc.

Finalmente quiero dejar constancia de que nuestra lengua ha cambiado en relación al momento en que Rivas hizo su registro. En toda lengua algunos vocablos desaparecen y se incorporan otros; de la misma manera un mismo vocablo adopta distinto significado, etc., pero todo ello no puede generalizarse en un espacio geográfico. Por esa razón, concluimos citando de nuevo a Saussure: “(...) 1o. *Al no existir inmovilidad absoluta en materia de lenguaje, al cabo de cierto lapso de tiempo la lengua no será ya idéntica a ella misma.* 2. *La evolución no será uniforme en toda la superficie del territorio, sino que variará según los lugares; nunca se ha comprobado que una lengua cambie de la misma forma en la totalidad de su dominio (...)*”²⁰.

Por otra parte, en los últimos años a nivel latinoamericano, ha habido un movimiento creciente en torno a la superación del lenguaje sexista utilizado en los medios de comunicación y por casi

toda la población salvadoreña²¹. A nuestro juicio, es necesario dar cabida a dicho planteamiento, situarnos en los nuevos tiempos y muy al margen de posiciones neopuristas, pero, eso sí, con la claridad de que será el conjunto social el que tarde o temprano determinará si lo incorpora o no a sus propias necesidades de expresión, puesto que “*nada entra en la lengua sin haber sido ensayado en el habla*”.

Un lexicón que hemos venido trabajando desde mediados de los noventa, al compararlo con la obra de Pedro Geoffroy Rivas permite notar que en ambos no se registran vocablos que inician con K, W y X. Las primeras dos consonantes se sustituyen por la letras C, Q y G; y la última, la X, que fue muy predominante entre las culturas prehispánicas, prácticamente, ha desaparecido del habla del pueblo salvadoreño. Pero en todo caso, los nietos del jaguar aún estamos aquí.

20. Obra citada, pág. 264.

21. “(...) Lenguaje sexista. Es hablar y escribir como si sólo existieran los hombres, discriminando o excluyendo a las mujeres. Por lo general, hablamos y escribimos usando artículos, nombres, pronombres y adjetivos sólo en masculino. Hablamos y escribimos en masculino, creyendo que

incluimos a las mujeres. Al utilizar las palabras en masculino se resalta el “protagonismo” de los hombres, pero se oculta y no se reconoce el protagonismo e importancia de las mujeres (...)” Palabras nuevas para un mundo nuevo, Programa Cultura de paz, UNESCO, El Salvador, 1998.